7464

a muger de vino ... (handwritten)

GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.

Editor propietario M. P. Delgado.

CALLE DE JESUS Y MARIA, n.º 4.

2

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA,
publicadas hasta 1.° de Enero de 1876.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar erran
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra can
zo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hech
cho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante presta
Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo
do.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amist
Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Per
Apoteosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Ar
conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquet
A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—
por el empleo.—Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acuerdo
nicipal.—Andujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara I
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.
tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrasca
corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual c
razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. Pal
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos Ve
frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á
dia noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidad
Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos
los infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revoluc
rio.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint Cyr.—Colon y el
errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde de
lian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contig
y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª
te.—Corte del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—C
de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cr
oro.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—C
do con las amigas.—Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja de
ta.—Corazon y el dinero.—Celos de Mateo, *zarzuela*.—Calderon.—Carta y guarda pelo.
nicienta.—Cerros de Ubeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Clavo ardi

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desc
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—D
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alvaro d
na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—
Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Jua
norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—
Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María de
na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—
doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres par
hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Du
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—Dio
tiga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El c
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emi
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar c
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—
lera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los per
tas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles
todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un band
Estupidez y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y
calle.—Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las ami
Espiacion de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapucha
El qué dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada
nático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Fe
Mairena.—Fernan Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra
víos.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fort
Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de bo
oda.—Fé, esperanza y osadía.

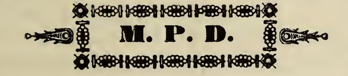
LA MUJER DE UN ARTISTA.

COMEDIA EN DOS ACTOS,

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino, en 31 de Marzo de 1850.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Junio 1857.

PERSONAGES.	ACTORES.
CLERMONT, *pintor*. . . .	*Don Julian Romea.*
MATILDE, *su mujer*. . .	*Doña Matilde Diez.*
EL VIZCONDE DE RETHÉL. .	*Don Pedro Sobrado.*
AGUSTIN.	*Don Antonio de Guzman.*
VICTORINA.	*Doña Teodora Lamadrid.*

París. — 1838.

ACTO PRIMERO.

El estudio del pintor. Cuadros, caballetes, etc.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE. VICTORINA.

Vizconde. Cómo! Aun no ha salido Clermont á su estudio?

Victorina. No señor: el ama no quiere que baje tan temprano: casi todos los dias se levanta al amanecer, y se está pintando sin alzar cabeza hasta que anochece; y la señora se enfada, y el médico tambien, porque dice que está destruyendo su salud, y muy espuesto á perder la vista.

Vizconde. Cáspita! Cuidado con eso! La vista es de primera necesidad para un pintor... y para un marido, y marido de tan linda muchacha.

Victorina. Por lo que hace á la señora, ninguna necesidad hay de que nadie la zele: ella sabe guardarse... y esto os lo digo á vos, que aunque sois algo calavera, conozco que teneis buen fondo, y... en fin, lo que yo os digo es que todos los que la andan al rededor... pierden su tiempo.

Vizconde. De veras?

Victorina. Oh! respondo de ella, como de mí misma.

Vizconde. Y puedes tú responder de tí misma? Te parece á tí, Victorina, que si uno quisiera tomarse el trabajo...

Victorina. Hagamos la prueba... Porque sois un señor

vizconde con Jokey, y tilbury, y lente, pensais que podriais conquistarme?

Vizconde. Por qué no? Pues no te ha conquistado Agustin, el aprendiz de tu amo...

Victorina. Dale!

Vizconde. Que anda á pie, y es tan torpe y tan zopenco? Digo, me parece que hay alguna diferencia.

Victorina. No sois mal mozo.

Vizconde. Vamos, desengáñate, que si yo me empeñára... No lo digo precisamente por tí... ni por tu ama, mujer de un artista distinguido...

Victorina. Mi ama! ya estais fresco! mi ama quiere mucho á su marido, que es jóven, que es amable, que es rico, como lo son ahora todos los artistas. Él con su talento gana mucho dinero.

Vizconde. Y gasta mas de lo que gana: oh! lo sé de buena tinta; y si tú, Victorina, quisieras hacerme un favor que voy á pedirte, te ofreceria proteger tus amores con Agustin, y darte... (*La abraza.*)

Victorina. Qué?... un abrazo! quitad!

Vizconde. Ha sido una distraccion: estaba pensando en otra mujer.

ESCENA II.

DICHOS. AGUSTIN.

Agustin. (*Deteniéndose.*) Qué veo! Me suben unos vapores á la cabeza!...

Vizconde. Oh! aquí está el amigo Agustin! cómo va, futuro Rafael? Se adelanta?

Agustin. Me parece que sí, señor vizconde. (*Ap.*) Que me suceda á mi esto!

Victorina. Ya venís con lienzos y colores! contenta se va á poner la señora! ya sabeis que no quiere que el amo trabaje, que se lo tiene prohibido, porque dice el médico que va á perder la vista, y quiere llevárselo al campo por un par de meses.

Vizconde. De veras?

Agustin. Todo eso lo sé yo tan bien como vos. Y qué tenemos? Yo soy aprendiz de pintor, y no puedo faltar á mi consigna. Me dice el maestro: «Agustin, anda á la droguería:» y voy á la droguería. «Agustin,

compra un lienzo de 42 pulgadas:» y compro un lienzo de 42 pulgadas. No hay remedio! (*A Victorina, que se rie.*) Os reís? me gusta! (*Ap.*) Reirse despues de lo que acaba de hacer! Y segun veo, el señor vizconde es inteligente.

Vizconde. Yo! no entiendo jota de pintura. En el colegio no pasé de narices y orejas.

Agustin. Entonces, á qué diablos venís aquí todos los dias?

Vizconde. (*Riendo.*) Yo!...

Agustin. Sí señor, vos.

Vizconde. A verte á tí.

Agustin. Pues es capricho!

Vizconde. (*Sentado y contemplándolo.*) Tienes unas narices y unas orejas que merecen contemplarse bien; y como ya te he dicho que es de lo único que entiendo...

Agustin. Ya sé yo de lo vos entendeis, señor vizconde. Vaya! un señor con tanto dinero, con tanto boato... yo me entiendo.

Vizconde. Y qué?

Agustin. Si digo que yo me entiendo. Un señor que está abonado á la ópera, adonde van las damas de alto copete, á quienes puede hacer señitas y echar el lente, venirse aquí á quitarle á un pobre su trapillo!...

Vizconde. Qué le ha dado?

Victorina. Se ha vuelto loco!

Vizconde. Se insurrecciona!

Agustin. Sí señor! me insurrecciono! me exalto! me levanto en masa! A mí nadie me la pega en mis barbas... en mis narices!... ya que entendeis de narices. (*Agarrando el tiento.*)

Victorina. Ha perdido el juicio!

Vizconde. Insolente! no sé cómo aguanto... (*Levanta el baston. — Aparece Clermont en trage de pintor, con su gorro griego, y se coloca entre los dos, sirviéndose de su paleta como de un escudo.*)

ESCENA III.

DICHOS. CLERMONT.

Clermont. El cuadro de las Sabinas! Exactamente. Gloria á David!

Vizconde. Oh! Buenos dias, querido Clermont.

Clermont. Salud al mas amable de los vizcondes. (*Dirigiéndose á Agustin.*) Cómo es eso! Tú enristras la lanza contra un caballero francés, y conviertes mi estudio en un palenque! Zopenco! si al menos te pusieras en actitud... ese brazo adelante, esa pierna atrás... Eh! Anda á moler color.

Agustin. (*Yéndose al fondo.*) Si pudiera yo moler...

Clermont. Y á qué debo, querido vizconde, el honor de esta visita tan de mañana?

Vizconde. Ya sabeis que yo protejo las artes.

Clermont. A fuer de gran señor.

Vizconde. Y sin entender una palabra.

Clermont. (*Riendo.*) Pues eso quise decir.

Vizconde. Verdad es; pero los artistas... oh! los artistas son mis amigos, mis camaradas, y siempre que puedo serles útil...

Victorina. (*Sentada en el fondo haciendo labor.*) Haya truan!

Vizconde. Ante todas cosas, quiero encargaros un cuadro.

Clermont. Bravo!

Vizconde. Pero con una condicion. Dicen que necesitais respirar el aire del campo, y quiero que os vengais á mi quinta... seis leguas de aquí... una posesion deliciosa.

Clermont. Y mi mujer?

Vizconde. Viene con nosotros.

Clermont. No hay mas que hablar. Acepto.

Victorina. (*Levantándose.*) Pero, señor...

Vizconde. Y tú tambien, Victorina: no te apures, vendrás con tu señora.

Agustin. Se puede sufrir esto!

Clermont. (*Volviéndose.*) Hombre! Qué buena actitud! estate así un poco.

Agustin. Pero, señor...

Clermont. No te muevas! ese brazo levantado; con mucha gracia! Aguarda... me servirás para mi Francisca de Rimini.

Agustin. Yo haré de Francisca?

Clermont. No, majadero. Tú estarás aquí... no ves ese caballo blanco?

Agustin. (*Con enfado.*) Yo no quiero hacer de caballo.

Clermont. No, hombre! harás del esclavo que lo tiene de la brida, mientras Paolo se despide de su amada. (*Le pone los dos brazos en alto.*) Es una cabeza de estudio, y tu cara muy á propósito! estúpida, salvage, perfecta! No te muevas.

Vizconde. (*Que mira un retrato.*) Qué bien está! Pero calla! yo conozco esta cara!

Clermont. Sí?

Vizconde. Sin duda. Aunque la he visto pocas veces... en casa de mi abuela la baronesa... hace ya muchos años... Era un señor muy vano y engreido con su nobleza... el baron de Saint-Dizier.

Clermont. El mismo es.

Vizconde. Y cómo se halla aquí?

Clermont. Como retrato de familia: es mi padre político.

Vizconde. Vuestro padre político! el baron de Saint-Dizier! de la mas antigua nobleza de Francia! Y vos...

Clermont. (*Pintando.*) Hijo de un aldeano, de un labrador, y que desde muchachuelo me divertia en dibujar con carbon en las paredes del pueblo caballos y borricos.

Agustin. (*Dejando la postura.*) Vaya!

Clermont. Estate quieto! Llegué á París á pie; me acomodé en un sesto piso... famoso cuarto! cuarto de artista... próximo á los cielos! Cinco años despues, ya estaba andando camino de Roma, con el primer premio de pintura... Ah! qué tiempos aquellos! sin un cuarto en el bolsillo, pero con la imaginacion llena de gloria... y el corazon de amor!

Vizconde. Enamorado ya!

Clermont. Y á no ser así hubiera obtenido el primer premio? El baron de Saint-Dizier me mandó llamar para que diese leccion á su hija... hermosa criatura!

apenas tenia quince años... y á fuerza de verla todos los dias...

Vizconde. Os declarásteis á ella?

Clermont. Jamás! nunca le dije una palabra; pero... gané el premio! Fuí á Roma, trabajé, volví con aquel cuadro... ya os acordais... le vísteis en la esposicion...

Vizconde. Magnífico! todo París le admiró.

Clermont. Me lo compró el rey; y además otros muchos cuadros... En fin, me hallé en poco tiempo con cincuenta mil francos de ganancia, y con encargo de pintar cuadros que debian valerme otro tanto: con fama, con amigos... Pues señor, vóime á casa del baron de Saint-Dizier, y sin andarme en rodeos le pido su hija.

Visconde. Y qué?

Clermont. (*Pintando.*) Me mandó echar á la calle.

Vizconde. Es posible!

Clermont. (*A Agustin, que se cansa de la postura.*) Hombre! quieres estarte quieto! No sé qué tiene este maldito lienzo; se oscurece todo de una manera... apenas distingo los colores.

Vizconde. Con que, adelante.

Clermont. Pues, como iba diciendo, aquello me llegó tan al alma, que estuve dudando si pegarme un tiro, ó trabajar mas: el último partido era el mas duro, pero el menos cobarde, y lo adopté: me fuí á Rusia. A mi vuelta, las cosas habian mudado de aspecto: el baron de Saint-Dizier, desgraciado en sus especulaciones, habia muerto arruinado y lleno de deudas. Ah! bien hice en no matarme! Yo traía de Rusia muchos miles de rublos... muchos, muchos! Con que pagué todas las deudas del baron, y en seguida me presenté á su hija, y sin decirle una palabra de lo que acababa de hacer por el honor de su padre, le confesé que la amaba, le conté todo lo que habia sufrido; y ella... á pesar de su ilustre cuna, de su elevado rango, consintió en dar su mano á este pobre artista. Oh! para vosotros los nobles es esto un gran sacrificio! Yo he comprendido todo su valor; y para que sea tan feliz como merece, aquí me teneis desde por la mañana hasta por la noche sin soltar los pinceles.

Victorina. Pues!... matándoos, perdiendo la vista por instantes.
Clermont. Ah! soy tan feliz, amigo vizconde! Mi mujer!... mi mujer y mi hijo!... cuando me siento cansado pienso en ellos, y late con mas fuerza mi corazon, mi mano se reanima, y el pincel corre por sí solo... (*A Agustin, que se ha acercado á escuchar.*) Qué haces aquí, majadero? A tu caballo, á tu caballo, que se escapa: vamos! brida en mano!
Agustin. (*Volviendo á su actitud.*) No hay miedo! ya lo tengo agarrado!
Clermont. Bien!... así! — Ahora estoy inspirado! solo con hablar de mi Matilde...
Vizconde. Sabeis que el cuadro está adelantado? (*Victorina entra en la habitacion de Matilde.*)
Clermont. Como que pienso acabarlo antes que concluya el mes.
Vizconde. Mucha prisa teneis que daros, porque hoy estamos á 25.
Clermont. (*Con sorpresa.*) A 25! de veras?
Vizconde. Sin duda alguna.
Clermont. (*Con desaliento, dejando de pintar.*) Dios mio!
Vizconde. Qué teneis?
Clermont. Nada, nada... A 25! Agustin, dame la ropa: voy á salir.
Agustin. Ahora dejais el trabajo... cuando estábamos inspirados!
Clermont. Ya no lo estoy. (*Ap.*) A 25! Cómo es posible que estemos hoy á 25? trabajando de dia y de noche, sin levantar cabeza... se me pasan los dias sin sentirlo, y... Ah! despacha, mi ropa: tengo prisa.
Vizconde. Os llevaré en mi cabriolé.
Clermont. Mil gracias...
Vizconde. Tengo que ir á almorzar con mi tia la duquesa de Orvigni... en la calle de Tournon. Es ese vuestro camino?
Clermont. Mi camino... (*Ap.*) Ah! dónde he de ir? yo no sé quién es la persona á quien se ha endosado la letra.
Matilde. (*Dentro.*) Lleva esa ropa al estudio de tu amo.
Clermont. Oigo la voz de Matilde... aquí viene. (*A Agus-*

tin, que sale con la ropa.) Vuelve á llevarte la ropa: ya no salgo: voy á seguir pintando. Vos, querido vizconde, no os detengais por mí.
Vizconde. Cómo!
Clermont. La duquesa os aguarda; pero si os fuere posible, despues del almuerzo llegaos por acá un instante... os diré cierta cosa... un favor que tengo que pediros.
Vizconde. Ahora mismo.
Clermont. No, no... no quiero que mi mujer lo sepa.
Vizconde. Pues bien, volveré. (*Ap.*) Bravísimo! voy á ser confidente del marido!
Victorina. (*Saliendo con un vaso de flores.*) La señora viene.
Clermont. (*Ap. al vizconde.*) Es un secreto...
Vizconde. Nada deseo tanto como poder probaros mi amistad. Volveré pronto. Adios.
Clermont. Adios. (*Vase el Vizconde.*)

ESCENA IV.

DICHOS. MATILDE.

Clermont. (*Yendo á su encuentro.*) Buenos dias, Matilde mia. Cuánto te agradezco que vengas á inspirar con tu presencia al artista!
Matilde. Al contrario, vengo á impedir que continúe, porque hace ya mucho rato que trabaja.
Clermont. Yo? Si no he pintado nada: no he hecho mas que hablar... hablar de tí.
Matilde. (*Sonriendo.*) Con quién?
Clermont. Con el vizconde de Rethél.
Matilde. (*Mudando de tono.*) Qué! es el que acaba de salir?
Agustin. Aquí pasa todo el dia.
Clermont. Es tan apasionado á las artes!
Agustin. Y á otras cosas. (*Mirando á Victorina.*)
Matilde. Cómo!
Agustin. No hace nada de tiempo que le pillé aquí... haciendo la corte á la señora Victorina. Sí señor! quiero decírselo á la señora.
Matilde. Cómo! Victorina!...

Victorina. Señora, yo os contaré lo que ha sido.
Matilde. Bien, Agustin, di que sirvan el almuerzo.
Agustin. Voy, señora. (*A Victorina.*) Eh! es una picardía engañar así á un hombre como yo, que iba con buenos fines, por otro que solo trata de... Voy, señora, voy. (*Vase.*)

ESCENA V.

CLERMONT. MATILDE. *Despues* VICTORINA.

Clermont. Este se ha vuelto loco. El vizconde ha venido á convidarnos á ir á su quinta por unos dias.
Matilde. Y has aceptado?
Clermont. Por supuesto: además, me ha encargado un cuadro, que me pagará bien.
Matilde. Y qué falta nos hace?... no lo pasamos bien?... hasta con lujo... demasiado tal vez?
Clermont. Nada de eso: un artista en este siglo debe vivir con lujo: así se hace notar el progreso de las artes y las luces. Tenemos gran casa, gran mesa, coche... Yo gano mas que quiero; justo es que trate de proporcionarme placeres... y mi mayor placer es verte hermosa.
Matilde. Qué locuras! A qué venia aquel aderezo que me compraste el otro dia?
Clermont. Era indispensable. Tenias que ir á aquel concierto, donde debias cantar... Ah! qué voz! qué espresion! qué maestría! aplaudian todos con tanto entusiasmo!... menos yo, que estaba allí en un rincon sin saber lo que me pasaba.
Matilde. Sí, sí, aplausos de sociedad!
Clermont. Ah! no lo creas. Yo oía decir á todos, empezando por el vizconde de Rethél: «Qué voz! no hemos oido ninguna que se le parezca: qué lástima que no cante en el teatro!» Si ellos supieran tu génio! si vieran el mal rato que pasas por tener que cantar solamente una pieza delante de algunas personas! Y por eso tal vez no has querido volver, á pesar de haberte convidado tantas veces.
Matilde. Son fiestas muy caras para nosotros.
Clermont. Qué disparate! caras! no hay nada caro pa-

ra tí. No están aquí mis pinceles? Qué te hace falta? qué deseas? un trage? un palco abonado en la ópera? habla, y lo tendrás al instante. Con pintar un cuadro, ó hacer un par de retratos, ya estamos listos. Y hay quien tiene á menos al artista que gana su fortuna y su independencia con el pincel ó la pluma!... y saludaria con respeto al que se hubiera enriquecido estafando al Estado, ó robando en la bolsa.

Matilde. No; pero merece reprension el que abusa inútilmente de su salud y de sus fuerzas. Y lo que exijo es que rehuses el convite del vizconde de Rethél... que, dócil á los consejos del médico, cuides de tu vista, que se va debilitando por dias: en fin, que dejes de trabajar.

Clermont. Sí... muy pronto; pero todavía no.

Matilde. No tenemos ya nuestra suerte asegurada? así me lo has dicho, al menos, mil veces.

Clermont. Ciertamente. (*Llaman.—Ap.*) Oh! Dios! si será... (*A Matilde.*) Nada tenemos ya que temer; estamos á cubierto de cualquier revés. (*A Victorina, que sale.*) Si me buscan, que pasen á la sala.

Victorina. No señor... es la modista.

Clermont. Ah! es cierto... traerá la cuenta; pero ahora... tengo que trabajar.

Matilde. Dile que vuelva mañana.

Clermont. Sí; mejor será; no tengo ahora gana de...

Matilde. Di al mismo tiempo que no reciban á nadie.

Clermont. Tienes razon; á nadie... escepto al vizconde.

Matilde. Cómo! va á volver?

Clermont. Sí... me lo ha prometido.

Victorina. Como el amo le dijo que tenia que pedirle un favor...

Matilde. Un favor!

Clermont. (*Impaciente.*) Que está esperando la modista: vamos, es cosa de tenerla ahí, por estar charlando?

Victorina. Voy, señor, voy... (*Ap.*) Nunca le he visto tan enfadado! (*Vase.*)

ESCENA VI.

CLERMONT. MATILDE.

Clermont. Estas criadas son lo mas charlatan... en todo se meten: y esta...
Matilde. Es mi ahijada.
Clermont. Sí, pero...
Matilde. Muy buena muchacha... de toda mi confianza.
Clermont. Enhorabuena; pero al fin... es criada.
Matilde. (*Riendo.*) Es decir... habladora.
Clermont. Es decir... criada.
Matilde. Pues bien, ya que ella, cediendo á su naturaleza mujeril, ha dicho... lo que ha dicho, el mal está hecho; pero yo quiero aprovecharme de su indiscrecion para preguntarte, querido mio, qué favor es ese que le ibas á pedir al vizconde?
Clermont. Nada... se trata de un cuadro original, un *Pablo Veronese*, que tiene él, y que yo queria ver.
Matilde. Oh! no: para eso no hubieras hecho misterio conmigo.
Clermont. Pues bien, es cierto... Eran detalles artísticos... cosas que tú no debes saber.
Matilde. No insistiré mas; pero yo tambien quiero pedirte un favor.
Clermont. Y cual?
Matilde. Que no le vuelvas á pedir favores al vizconde; que no los admitas de él; y sobre todo que no vayamos á su casa de campo.
Clermont. Y por qué?
Matilde. (*Sonriendo.*) Oh! son detalles domésticos... cosas que tú no debes saber.
Clermont. (*Poniéndose á pintar.*) Hola! tomas la revancha! darás acaso fundamento á eso que ha dicho el majadero de Agustin?
Matilde. No es solo Agustin...
Clermont. El vizconde hacer cocos á la pobre Victorina! un señorito del gran tono, que anda siempre enredado con duquesas y condesas... yo lo sé... él mismo me lo ha contado.
Matilde. De veras?
Clermont. Me lo cuenta todo. Oh! los grandes y los ar-

tistas son siempre amigotes! Me ha contado cosas!... (*Riendo.*) dos maridos que lo quieren con un estremo!... sin sospechar...
Matilde. (*Riendo.*) Dos!
Clermont. Dos.
Matilde. Te equivocas.
Clermont. No tal.
Matilde. Lo menos son tres.
Clermont. Él me ha dicho dos.
Matilde. Pues yo te digo que conozco al tercero... cosa particular! que está pintando en este momento.
Clermont. (*Dejando caer el pincel.*) Cómo! sería?...
Matilde. Sí, amigo mio, sí... ya que me obligas á decirlo; y Dios sabe que mi intencion era que lo ignorases siempre.
Clermont. Se atreverá á hacerte la corte?
Matilde. Un mes há que no hace otra cosa: ahí tienes por qué me he negado á volver á esas sociedades, á esos conciertos de que hablábamos antes.
Clermont. A pesar de los aplausos?
Matilde. Esos aplausos son harto peligrosos. Y tú empeñado en que no faltára, particularmente á los ensayos todas las mañanas.
Clermont. Es verdad! cuántas veces te he instado, te he molido... «mujer, que ya es tarde: mujer, que te están esperando.» Ah! los maridos... seran siempre maridos.
Matilde. (*Alargándole la mano.*) No!... cuando son amados.
Clermont. Y yo!... aquí en mis barbas, y sin ver nada!...
Matilde. Bien te decia yo que ibas perdiendo la vista. Y ahora me creerás?
Clermont. Sí, Matilde mia; te creeré siempre.

ESCENA VII.

DICHOS. VICTORINA.

Victorina. El señor vizconde sube la escalera.
Clermont. Hola! esto es demasiado!
Matilde. Cuidado que se te escape una palabra que pueda comprometerme con él: tú debes ignorar esto.

Clermont. No tengas miedo: los maridos, cuando no están en antecedentes, suelen ser pesados; pero cuando saben lo que pasa... tiênen la mejor pasta del mundo! con ellos no se corre peligro.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL VIZCONDE.

Vizconde. Ya veis, querido Clermont, como he despachado por vos el almuerzo de mi tia; y aun hubiera venido mas pronto, á saber que habia de hallar aquí á vuestra linda esposa.
Clermont. (*Ap.*) Pues... esto es lo que le decia todos los dias: y yo!...
Matilde. No tiene nada de estraño hallarme en el estudio de mi marido.
Vizconde. No, ciertamente. Y desde que he sabido esta mañana que la esposa del famoso artista es la hija del baron de Saint-Dizier, se ha aumentado, si es posible, el respeto y el cariño que os profeso.
Clermont. (*Ap.*) Aprieta! (*Tarareando y dibujando en un lienzo.*) Tra la... la... la...
Vizconde. Y vos, señora, no dejeis de hermosear con vuestras gracias, con vuestra divina voz, las reuniones de París. (*Clermont tararea.*) Qué buen humor tiene hoy el amigo Clermont!
Clermont. Sí, eh?
Vizconde. Señal de que se siente mejor. Qué será cuando haya pasado unos dias en el campo... ya os habrá dicho que os venís conmigo?
Matilde. Yo temo abusar de vuestras bondades.
Vizconde. Abusar! para mí es la mayor felicidad emplearme en obsequio vuestro: disponed de mí, de cuanto yo valgo, si alguna vez puedo seros útil.
Clermont. Poco á poco, poco á poco, amigo vizconde: vos no habeis venido aquí á hacer el favor á mi mujer, sino á mí.
Vizconde. (*Sonriendo.*) Es cierto.
Clermont. Vos sin duda habeis creido que, no constituyendo el marido y la mujer mas que una sola persona, era igual?

Vizconde. Con corta diferencia; (*A media voz.*) y como yo creia que el favor de que me habeis hablado era un secreto entre los dos...
Clermont. Tal me propuse; pero luego he reflexionado que no teniendo mi mujer secretos para mí, no debia yo tampoco tenerlos para ella: no os parece? así debe ser en todo buen matrimonio; y el favor que os queria pedir era un consejo.
Vizconde. Un consejo? Hablad: es lo que se dá en el mundo con mas facilidad.
Clermont. Vos sois apasionado á las artes, (*Mirando á Matilde.*) y á todo lo que les pertenece, y quiero consultaros acerca de un cuadro que debo empezar hoy: un cuadro de familia... una escena doméstica.
Vizconde. Oh! son los que mas me gustan; y francamente, algo entiendo do eso.
Clermont. Tanto mejor. Pues señor, yo escojo para mi cuadro el momento en que un pobre diablo de marido, muy sandio y muy bonachon, como la mayor parte de ellos, descubre que un buen amigo que lo visita... es muy amigo suyo... demasiado amigo... ya me entendeis?
Vizconde. Perfectamente! Y cómo lo ha descubierto?
Clermont. Eso no importa, hombre! en un cuadro no se esplica el cómo: se presenta la escena y las principales figuras. Por ejemplo, aquí el marido... así... una fisonomía de evangelista... parada... atónita... y un poco estúpida... porque todos lo son en semejante caso.—La mujer... allí... aire de nobleza y dignidad... fisonomía llena de espresion... está un poco turbada... sus facciones respiran candor é inocencia... y un si es no es de inquietud. Pero lo que vos no veis es la figura del galan: (*Sorpresa del Vizconde.*) esa sí que es admirable: la tengo aquí... la estoy viendo... un poco desconcertado... inquieto... sin saber qué postura guardar: veo en su cara tintas blancas, tintas rojas: pondré un poco de sombra... y nada de amarillo, no vaya á parecer un conspirador... buena cabeza! (*Mirando á Victorina, que rie por lo bajo.*) Y detrás, en segundo término, una criadita que se sonríe malignamente, fingiendo que lim-

pia una silla. Esto como episodio: como detalle... entendeis? será gracioso.

Vizconde. (*Acercándose.*) Sí... muy gracioso.

Victorina. (*Acercándose.*) Señor!...

Matilde. (*Levantándose.*) Querido!... (*Estos tres movimientos se harán á un tiempo.*)

Clermont. (*Con viveza.*) Quietos, quietos; no os movais! Casualmente estais colocados del modo mas exacto para mi objeto. Bien! ya tengo mi cuadro! permaneced en esa postura, y no hago mas que copiarlo del natural.

Vizconde. Perfectamente: amigo Clermont, lo comprendo muy bien: el efecto será admirable!

Clermont. Poco á poco. El cuadro no está acabado... y sobre eso justamente queria pediros vuestro parecer.

Vizconde. Sobre el modo de acabarlo?

Clermont. Precisamente.

Vizconde. Puede ser de varias maneras: por ejemplo, el amigo, viéndose poner en ridículo, puede incomodarse y pedir una satisfaccion.

Clermont. (*Dejando la paleta.*) Sin demora!

Matilde. (*Poniéndose delante.*) Caballero!

Vizconde. Pero eso sería mezquino, de mal tono. Mejor me parece suponer al amigo un jóven de buenos sentimientos; amigo, sí, de galantear á las damas, pero dispuesto, cuando no ha podido obtener favores de una, á consolarse con otra.

Matilde. (*Ap.*) Bien!

Vizconde. Y que lejos de guardar rencor á las que le han desdeñado, sabe respetar en ellas la virtud, el nacimiento, la hermosura... Hay mas: yo quisiera que el tal se vengára del marido por medios generosos.

Clermont. (*Con viveza.*) Cómo?

Vizconde. No sé precisamente... á ver; este puede ser que os venga al caso. Supongamos que el marido aparenta ser rico, y sin embargo está algo apurado... que gasta mas de lo que gana.

Clermont. (*Queriendo hacerle callar.*) Señor vizconde...

Vizconde. Que ha firmado algunas letras que están en circulacion... una principalmente de seis mil francos, la cual debe pagar el dia 25.

Matilde. Es posible!
Clermont. (*A Matilde.*) No lo creas... no es cierto!
Vizconde. Aquí está. (*Sacando la letra.*)
Clermont, *Matilde* y *Victorina.* (*Asombrados.*) Cielos!
Vizconde. (*Contemplando su actitud.*) Quietos!... no os movais!... Hé aquí un cuadro que en su género vale tanto como el otro. Eh? qué os parece? El asunto es magnífico... mirad las figuras. Oh! si yo supiera pintar, haria un hermoso cuadro... sin mas que copiarlo del natural!
Clermont. Señor vizconde, esa letra...
Vizconde. Me ha sido endosada.
Clermont. (*Con viveza.*) Pues yo no quiero deber nada á nadie: la pagaré... la pagaré mañana... hoy mismo...
Vizconde. Cuando gusteis. (*Rompiéndola.*) Ya nadie os la podrá presentar. (*Saluda á Matilde y se va.*)
Matilde. (*A Victorina.*) Anda, cierra la puerta; que nadie entre.
Clermont. (*Ap. cayendo sobre un sillon.*) Ah! se ha vengado cruelmente!

ESCENA IX.

CLERMONT. MATILDE.

Matilde. (*Acercándose á Clermont.*) Ah! me has engañado!
Clermont. Matilde!... vida mia!... perdóname!
Matilde. A mí sola es á quien no puedo perdonármelo!
Clermont. No creas que ha sido por desorden, ni por mala conducta: yo no gasto nada... yo no necesito nada... yo estoy acostumbrado á las privaciones, á la miseria: una cama, una silla, el caballete... un artista no necesita mas muebles.
Matilde. Y entonces, de qué son esas deudas, ese gasto loco?
Clermont. Ah! yo tenia mis razones...
Matilde. Cuáles? habla... vamos, confiésamelo todo!
Clermont. Matilde! querida mia! tú me hiciste tan feliz dándome tu mano!... y yo no quise que mi felicidad te costára jamás el menor disgusto: tú te habias criado en el lujo, en la opulencia; yo no queria

que mudases de posicion, y he hecho los mayores esfuerzos para que no halláras una notable diferencia entre la casa de tu marido y el palacio de tu padre.

Matilde. Cómo! por eso te levantabas antes de amanecer, y trabajabas á veces hasta la noche?

Clermont. Porque tuvieras esa linda carretela, esa elegante habitacion.

Matilde. Por eso!

Clermont. Sí: yo te veía lucir, y escitar la envidia de muchas, y me llenaba de orgullo, y decia entre mí: «Creyeron que casándose conmigo se iba á oscurecer... Pues no.» Y mis sueños llegaban hasta ambicionar hacerte baronesa ó condesa. Sí, Matilde: hoy el talento lo alcanza todo!... y que al contemplar tu fausto, dijeran: «Es aquella la mujer de algun grande? No: es la mujer de un artista.»

Matilde. Y por eso destruías tu fortuna y tu salud!

Clermont. Qué quieres? otros se arruinan por sus queridas; yo... mi querida es mi esposa: es mi vida, es mi amor!

Matilde. Tu amor! y tan triste idea formabas del mio? Crees que al unirme á tí no supe que asociaba mi suerte á la de un artista? buena ó mala, yo la reclamo tal como es, tal como debe ser: mi deber y mi felicidad consisten en participar de ella. Ea, pues, desde hoy reforma completa: basta de lujo y de despilfarro: órden, economía: yo me encargo de ello. Mi marido y mi hijo ocuparán toda mi atencion: amarlos y hacerlos felices será mi única ocupacion y mi orgullo y mis placeres. Sí señor, porque yo soy mujer de un artista, y no mujer de un grande.

Clermont. (*Queriendo reprimir sus lágrimas.*) Matilde! esposa mia! yo he hecho mal!...

Matilde. Muy mal! pero por fortuna todo tiene remedio. Cuánto debemos?

Clermont. Entre todo... veinte mil francos.

Matilde. Mucho es.

Clermont. No es nada... yo los gano en dos meses.

Matilde. No lo permito: en un año, ó año y medio...

Clermont. No, Matilde.

Matilde. Digo que sí: yo mando ahora.

Clermont. Bien, como quieras: en un año...

Matilde. Entre tanto venderemos la carretela, los caballos, y mi aderezo de brillantes.
Clermont. No... todo lo demás, menos eso.
Matilde. Eso lo primero, porque es preciso pagar mañana mismo al vizconde, que se ha portado noblemente con nosotros.
Clermont. Es verdad!
Matilde. La letra no existe: le debemos bajo nuestra palabra, y por lo mismo es preciso pagar al instante.
Clermont. Tienes razon. (*Suspirando.*) A Dios, carretela!
Matilde. (*Festiva.*) Andaremos á pié! Tú me darás el brazo...
Clermont. Sí, sí!... y todos se pararán á mirarte y esclamarán: «qué linda es!» Sí, sí... en carretela nadie te veía.
Matilde. Nadie! los caballos iban tan deprisa!...
Clermont. Y qué hermosos caballos! En fin, tenemos fiacres y ómnibus...
Matilde. Despediremos los lacayos.
Clermont. Bien, así tendremos menos testigos.
Matilde. Y cuando nos sentemos á la mesa no habrá quien nos observe.
Clermont. Y nos impida mirarnos.
Matilde. Tendremos completa libertad.
Clermont. Es mucho mejor! Y luego, á medida que vayamos pagando nuestras deudas, iremos gastando.
Matilde. Iremos ahorrando.
Clermont. Para nosotros.
Matilde. Para nuestro hijo.
Clermont. Es verdad!
Matilde. Yo, para que no turbára por las noches tu sueño, he renunciado al placer de criarlo, le he alejado de nosotros.
Clermont. Cómo! era por mí? y tú me decias que convenia á tu salud, que el médico lo mandaba...
Matilde. Pero hoy vuelve á casa; le estoy esperando.
Clermont. Ah! qué placer me causas! cómo voy á trabajar!
Matilde. Al contrario: en celebridad de su venida descansas hoy: saldremos juntos; á pié, para irnos acostumbrando, y te hará provecho!

Clermont. Contigo!... sí, sí, mucho!

Matilde. Tomaremos un cuarto mas ventilado que este.

Clermont. Mas grande.

Matilde. No... mas alto, y con pocas habitaciones: así no podremos menos de estar juntos todo el dia.

Clermont. Ah! qué placer! qué felicidad! para qué queria yo riquezas, teniendo una mujer así! Ah! este dia es el mas dichoso de mi vida!

Matilde. Sí, sí... abrázame! voy á ver si me traen mi hijo: en cuanto llegue te avisaré.

Clermont. Oh! Cuánta ánsia tengo por verlo! si casi no lo conozco: hace tanto tiempo que se separó de nosotros... y era tan hermoso! qué gozo me va á causar el verlo! ah! no volverá á separarse de mí!

Matilde. Vístete pronto; y cuidado con trabajar hoy! me lo prometes?

Clermont. Sí, sí! Adios, Matilde mia! Adios, vida mia!

ESCENA X.

CLERMONT *solo, vistiéndose.*

Y habria hombre en el mundo que no se dejára matar por una mujer así! Tiene un modo de arreglar las cosas qué... vamos! sobre que hace de manera que sea yo hoy el hombre mas feliz de la tierra, hoy que me veo arruinado! Verdad es que estar á su lado todo el dia, salir con ella del brazo... esto vale mas que todas las riquezas imaginables! (*Á medio vestir, mirando su cuadro.*) Y empeñada en que no trabaje. Quizá tiene razon: yo necesito descanso, es verdad! pero con los brazos cruzados no se pagan las deudas: veinte mil francos! dinero es! y se me figura que algo queda en el tintero... sí; la cuenta de la modista, y el aderezo: pues no es nada! falta el rabo por desollar! (*Va á mirar por la cerradura, y vuelve de puntillas.*) No está aquí: bueno! un par de toquecitos al cuadro. (*Mirándolo.*) Mi Francisca de Rímini! Caramba si está bien! Cuando se coloque en la primer sala me dará honra... y provecho: podré comprarle á mi Matilde una casa de campo, pequeñita, modesta... y con una tartana se va y se viene cómodamen-

te: allí tendremos cuadra para el caballo, y puede ser que quede sitio para tener un par de vacas... etcetera. (*Trabajando.*) Bien! magnífico! este toque ha sido feliz!—Y mi hijo! mi hermoso Ricardo! pobrecillo! Oh! á ese lo he de criar como un príncipe! Ah! cuando pienso que hoy, que ahora mismo lo voy á ver!... (*Deteniéndose.*) Es cosa singular, se me desvanece la vista de una manera!... Ya pasa: no es nada. Y quisiera acabar de dar esta tinta antes que me faltase la luz: está hoy el dia tan oscuro! (*Llama.*) Agustin! Agustin! nunca ha de estar aquí este majadero!

ESCENA XI.

CLERMONT. VICTORINA.

Victorina. Habeis llamado, señor?

Clermont. Quién? ah! eres tú, Victorina?

Victorina. Yo, que os venia á dar un pliego que acaban de traer: mirad qué sello tan grande tiene.

Clermont. (*Acercándoselo mucho á los ojos.*) Calle! el sello real! es de palacio! A ver, descorre bien las cortinas: no entra hoy luz por esa ventana. (*Leyendo con trabajo.*) «Su magestad... su magestad... de... desea...» Se ha hecho moda escribir de una manera, que ni el demonio!... Maldito si puedo leer una palabra! (*A Victorina.*) A ver si tú aciertas...

Victorina. (*Tomando la carta.*) Está muy claro: si parece letra de molde. (*Leyendo.*) Dios mio!

Clermont. (*Que ha ido á su cuadro.*) Qué es eso?

Victorina. Es de parte del rey: viene firmado por el ministro!

Clermont. Lée pronto.

Victorina. Os encarga un cuadro para la Magdalena, y otro para la galería de Versalles.

Clermont. (*Lleno de gozo.*) Dos cuadros! (*Llamando.*) Matilde! (*A Victorina.*) No, no; calla, calla; quiero sorprenderla. Un cuadro para Versalles! otro para la Magdalena!

Victorina. (*Leyendo.*) Y os dá veinte mil francos por cada uno.

Clermont. (*Dando un grito.*) Oh!!! qué me dices! cuarenta mil francos!

Victorina. Sí señor.

Clermont. Pagaré todas mis deudas!... ya no venderemos la carretela: mi Matilde no andará á pié. — Ah! fortuna... Y estos cuadros los haré en un año. Sí! trabajando bien no necesito mas que un año! (*Con entusiasmo.*) Ah! qué arte! qué riqueza es el pincel! riqueza que nadie nos puede arrebatar! riqueza que da gloria é independencia! Con el pincel en la mano, desafio al mundo, á la suerte, á la adversidad... al cielo mismo! (*Volviéndose á Victorina.*) Victorina, has descorrido las cortinas?

Victorina. Sí señor.

Clermont. Sí? pues abre la ventana, porque no veo.

ESCENA XII.

DICHOS. AGUSTIN.

Agustin. (*Saliendo.*) Me llamábais, señor?

Clermont. Me gusta! media hora hace que te estoy llamando, pícaro!

Victorina. (*Esforzándose á abrir la ventana.*) Llegais á tiempo, Agustin: á ver si abrís esta ventana, que yo no puedo.

Agustin. Qué idea! y para qué?

Clermont. (*Pintando.*) Para que haya luz, tonto!

Agustin. (*Abriendo la ventana.*) Para que haya mas luz... Corriente.

Clermont. (*Dejando de pintar.*) Maldita tinta! vaya! seguramente es muy tarde; va á anochecer sin duda: dejémoslo por hoy.

Victorina. Anochecer! Señor!...

Agustin. Qué estais diciendo? Pues si hace un sol que quita la vista!

Clermont. (*Tirando el pincel y adelantándose al medio de la escena.*) Qué es esto! qué es lo que me pasa! todo se desvanece, todo se oscurece á mi vista! no veo mas que sombras: apenas distingo... Agustin, Victorina, dónde estais?

Victorina. Aquí, á vuestro lado!

Agustin. Aquí, señor: os estoy tocando las manos.
Clermont. Matilde! esposa mia! Llamadla. Qué noche! qué oscuridad! No, vosotros me engañais. Si Matilde estuviera aquí yo la veria: no me cabe duda. Solo á ella quiero creer!
Victorina. Señora!... ah! aquí viene!
Clermont. (*Queriendo dirigirse hácia Matilde.*) Matilde! Matilde!

ESCENA XIII.

DICHOS. MATILDE, *con su hijo de la mano.*

Matilde. (*Apresurada.*) Mira, Clermont! mira, ya ha llegado: aquí le tienes: mira qué hermoso!
Clermont. Mi hijo!
Matilde. Sí... mírale!
Clermont. Mirarlo! Mi hijo!! Matilde, dónde estás?
Matilde. (*Sorprendida.*) Qué pregunta! aquí, á tu lado.
Clermont. Aquí! (*Le toma la mano, clava los ojos en ella, y dá un grito.*) Ah! Dios mio! soy perdido! se acabó! (*Abrazándolos con delirio.*) Matilde! hijo mio! ya no os veo! estoy ciego!!! (*Cae en sus brazos: ella dá un grito y sostiene á Clermont.—Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegante.—Puerta en el fondo.—A la izquierda dos puertas.—A la derecha una puerta y un balcon.—Una papelera á la derecha.—Una mesa á la izquierda, y á su lado el sillon de Clermont.

ESCENA PRIMERA.

CLERMONT *en su sillon.* VICTORINA *leyendo un periódico.* MATILDE *á la derecha cabizbaja y reflexiva.*

Clermont. Vamos, Victorina, lee tú, porque Matilde debe estar cansada.

Matilde. (*Volviendo en sí.*) Yo? no, querido, no lo estoy!

Clermont. Sí, sí; y es natural. En un año que llevo de hacer El Belisario, ó el Edipo, no solamente has sido mi Antígona, sino tambien mi lectora cotidiana, lo cual es un poco pesado: y digo! con las novelas del dia! horcas, puñales, tósigos, brujas; y dale, y vuelta... Oh! eres un modelo de amor conyugal!

Matilde. De veras?

Clermont. No me sorprende! Siempre dije yo que eras tú capaz de todo por mí.

Victorina. En verdad, señor, que no entiendo cómo podeis estar siempre tan alegre!

Clermont. Y por qué he de estar triste? porque he perdido la vista? el llorar no me la habia de volver; al contrario! Ya he tomado mi partido, y estoy... como están todos los ciegos; alegres como una pascua.—Y es cosa clara! no ven la realidad, y su imaginacion

se lo embellece todo! su vida es una contínua ilusion! todo lo que les rodea es siempre nuevo, fresco y brillante: las mujeres que ellos aman tienen siempre veinte años: para ellos los árboles nunca se despojan de su verdor: en fin, es una dichosa ficcion, un sueño contínuo, de que no se despierta jamás! — Yo por mi parte, confieso que le encuentro tantas ventajas! (*Tomando la mano de Matilde.*) y luego hay aquí quien cuida tan cariñosamente al pobre ciego!... con tanta bondad!... con tanto amor!... que no sé si ganaria recobrando la vista.

Victorina. De veras?

Clermont. Haz la prueba.

Victorina. Muchas gracias! prefiero tener mis ojos corrientes.

Clermont. Por coquetería! porque son bonitos.

Victorina. No; porque son buenos.

Clermont. Hola! pues si son buenos, léeme ese periódico, vamos! Matilde, dónde estás?

Matilde. Aquí... á tu lado.

Clermont. Ah! sí... temia que te hubieses marchado.

Victorina. (*Leyendo.*) «Política interior.—Cámara de los diputados...»

Clermont. Pasa, pasa adelante. La política... no es nada divertida.

Victorina. (*Leyendo.*) «Noticias estrangeras.» Ah! aquí hay una cosa que os debe interesar. «El doctor Grimseller de Berlin acaba de poner el sello á su reputacion con la maravillosa cura que ha hecho al príncipe Alberto de Schwartzemberg, que se hallaba ciego hacia veinte años...»

Clermont. (*Interrumpiéndola.*) Aguarda! No es ese el mismo de quien tanto nos hablaron? un célebre facultativo?...

Matilde. Sí, querido.

Clermont. Ya, ya me acuerdo: yo hice que le escribieran pocos meses há...

Victorina. Y qué respondió?

Clermont. Que por la relacion que se le hacia estaba seguro de curarme.

Victorina. Pues entonces, señor, vámonos al instante á Berlin.

Clermont. Es que en la carta habia una posdata, en la cual pedia por la cura la friolera de veinte mil francos: nunca lleva menos.
Victorina. Ay Dios mio!
Clermont. Lo cual, unido á los gastos del viaje, hace una suma bastante respetable.
Matilde. Que acaso podriamos reunir...
Clermont. Sí... sí yo pudiera agarrar mi paleta y mis pinceles. Pero ahora, hagamos cuenta, Matilde mia, que hemos vuelto ya de Berlin, y que no hemos podido ver al rey de Prusia.
Victorina. Qué lástima!
Clermont. A menos que el doctor Grimseller quisiera hacerlo de fiado, enviándole yo luego un hermoso cuadro de Homero.
Victorina. Y pueda ser que consienta.
Matilde. (*Que hasta ahora ha permanecido con el codo apoyado en la mesa, y casi sin atender, mira de repente al reloj.*) Dios mio! qué tarde es! Victorina, di á Agustin que vaya á buscarme un coche!
Victorina. Voy, señora: los hay aquí cerca... en el *boulevard*. (*Vase.*)

ESCENA II.

CLERMONT. MATILDE.

Clermont. En el *boulevard*! Ah! sí; el *boulevard de los italianos*, que es donde vivimos hace algun tiempo?
Matilde. Sí, querido.
Clermont. Nos costará muy caro?
Matilde. No tal: tenemos un cuarto mediano... decente.
Clermont. Y como está inmediato al paseo, nos conviene por causa del niño.
Matilde. Eso es.
Clermont. Y vas á salir con él?
Matilde. Por supuesto.
Clermont. Vuelve pronto, sí? algunas veces vienes á casa tan tarde!... y cuando no estás á mi lado, es mayor la oscuridad que me rodea.
Matilde. Haré lo posible...
Clermont. (*Con tono festivo.*) No me des que sentir: ya

ves la confianza que tengo en tí... una confianza ciega: no sería justo que me engañases, (*Movimiento de Matilde.*) ni tendria mérito... Aguarda un poquito... (*Alargando la mano.*) Dónde estás?

Matilde. Aquí...

Clermont. (*Tomándole la mano.*) Tienes la mano fria, mi vida! No me atrevo á hablarte de asuntos de la casa, porque temo entristecerte! cómo nos hallamos?...

Matilde. He vendido todo lo inútil, y he pagado las principales deudas.

Clermont. Al vizconde lo primero...

Matilde. Bien lo sabes, puesto que tú mismo quisiste entregárselo en su mano.

Clermont. Es verdad; y has de saber... hasta ahora no te lo habia dicho... que al tiempo de darle las gracias le solté una indirecta... así... muy cortés y rebozada, para que no volviera á poner los pies en esta casa. (*Movimiento de Matilde.*) No te enfades por eso. Ya ves, mi temor es natural. Si cuando tenia mi vista clara no veía lo que pasaba, qué tal ahora!

Matilde. Y por qué sospechas?...

Clermont. No, Matilde mia! nada, nada sospecho; pero como tú me has alabado tanto su proceder con respecto á nosotros...

Matilde. Es cierto.

Clermont. Decias que se habia portado tan noblemente...

Matilde. Es cierto.

Clermont. Y contínuamente me lo has estado elogiando...

Matilde. Alguna vez.

Clermont. A cada paso: y yo, que como buen ciego, soy observador y caviloso, decia para mí: «Los dos pertenecen á la misma clase, los dos son de una cuna elevada... esto engendra siempre simpatías...» (*Movimiento de Matilde.*) Ah! perdóname! no sé lo que me digo... soy un majadero; pero en fin, me alegraria que no le vieras mas... me lo has ofrecido.

Matilde. (*Titubeando.*) Sí.

Clermont. Ya estoy tranquilo.

ESCENA III.

DICHOS. EL VIZCONDE, *que aparece en el fondo.*

Matilde. (*Viéndole.*) Cielos! (*Ap.*) Venir aquí! qué imprudencia! (*Le hace señas de que se vaya: el vizconde le alarga un papel; ella lo toma y le manda de nuevo que se marche: el vizconde desaparece por el foro.*)
Matilde. (*Adelantándose y mirando el papel.*) Esta noche á las ocho! (*Dobla el papel y lo rasga.*)

ESCENA IV.

DICHOS. AGUSTIN *á la puerta del foro.*

Agustin. Señora, el coche está á la puerta.
Clermont. Adios, Matilde mia, adios: que te pasees mucho; (*Riendo.*) de buena gana iria contigo; pero entonces tendrias que cuidar de dos niños, y esa es demasiada pejiguera! Adios, adios! (*Dirígese Matilde al fondo á ponerse el chal y el sombrero: Clermont cesa poco á poco de reir, y su fisonomía toma un aspecto triste y sombrío.—Con tristeza.*) Ya se fué. Solo! siempre solo!
Matilde. (*Llégase á él para despedirse de nuevo.*) Qué es eso? qué tienes?
Clermont. (*Volviendo á poner el rostro ruiseño.*) Nada, nada: estabas aquí todavía! nada: me estaba riendo... no has visto que me estaba riendo? No te inquietes: ahora vamos á reir mucho Agustin y yo: adios! adios!

ESCENA V.

CLERMONT. AGUSTIN.

Agustin. Sí, á reir! dichoso vos que estais siempre alegre! yo estoy siempre rabiando.
Clermont. Y por qué?
Agustin. Por muchas razones.
Clermont. Cuáles son?

Agustin. Son... muchas!

Clermont. Dime una.

Agustin. En primer lugar, he perdido mi carrera: yo era vuestro discípulo, y ahora no cojo mas pincel que el cepillo de las botas. Yo, que tenia mis esperanzas de llegar á ser pintor de muestras, y poner mi tienda, y que vinieran allí á que les pintára la botella de cerveza, y el queso de bola, y el barrilito de anchoas... porque vos me habíais dicho que tenia disposicion; y en lugar de eso...

Clermont. Aburrirte aquí todo el dia al lado de un amo ciego.

Agustin. El dia es lo de menos: si tuviera uno siquiera la noche... hoy verbi gracia... Tengo yo un amigo que es músico de la ópera italiana, y me ha regalado un billete.

Clermont. Hola! tú tienes relaciones con los músicos!...

Agustin. Sí señor: es el timbalero de la orquesta; y dicen que redobla con mucho primor: y como yo no he ido nunca á la ópera...

Clermont. Y qué has de hacer allí?

Agustin. Qué sé yo! ver.

Clermont. Allí no se ve nada: todo es para las orejas.

Agustin. Oh! pues eso no me falta: ya sabeis que las tengo famosas.

Clermont. Te vas á fastidiar.

Agustin. Puede ser... pero me fastidiaré gratis, y eso siempre es un gusto.

Clermont. Pues lo siento; pero hoy no puede ser: irás otro dia.

Agustin. Qué! si hoy es el último... 31 de Marzo... se cierra el teatro.

Clermont. Ten paciencia, porque esta noche creo que mi mujer tiene que salir con Victorina.

Agustin. Eso es! nosotros aquí siempre solos, mientras la señorita Victorina y su ama...

Clermont. Hacen bien: yo soy el primero que deseo que se distraiga, porque tengo una idea que me persigue siempre y me hace ser el mas desgraciado de los hombres!

Agustin. Cómo! pues siempre os estais riendo...

Clermont. Por eso mismo! delante de Matilde finjo una

alegría que no hay aquí: (*Señalando su corazon.*) aquí no hay mas que desesperacion! muerto para lo presente! muerto para el porvenir! y mi arte! aquel arte que era mi orgullo, perdido, perdido para siempre! á los treinta y cuatro años!!... cuando siento todavía en mi pecho el fuego de la inspiracion, que abrasa, que devora! (*Dándose en la frente.*) cuando tengo aquí cien cuadros que nunca verán la luz! Y así iré envejeciendo!... Ah! el artista deberia morir, cuando muere para la gloria! —Pero no es este el mas cruel de mis tormentos: yo no me atrevo á preguntar á nadie, y estoy seguro de que Matilde se hallará en mil apuros, quizá en la miseria muy pronto!

Agustin. No sé... pero lo que es hasta ahora vamos muy bien.

Clermont. (*Con vehemencia.*) No me engañas, Agustin? no te han encargado que me engañes? Dime! la casa en que vivimos...

Agustin. Es una casa soberbia! Señor, en el mejor barrio de París, con unos muebles que ya, ya!

Clermont. Cómo! no los ha vendido?

Agustin. (*Haciéndole tocar una silla.*) No señor: mirad, la misma sillería... verdad es que yo le doy unos frotes!...

Clermont. Ya!... se habrá deshecho de mis cuadros, de mis bocetos, de mi *Francisca de Rímini*, que aun no estaba acabada...

Agustin. Puede ser.

Clermont. Se habrá vendido bien! (*Dando un suspiro.*) Un pintor ciego!... es como si hubiese muerto. —Así habrá pagado las deudas. Pero para vivir como vivimos, para que á mí no me falte nada, mi pobre Matilde se privará de todo!

Agustin. La señora!... nunca la he visto mas guapa, ni mas lujosa. La semana pasada, sin ir mas lejos, le trajeron dos vestidos de baile mas magníficos!...

Clermont. Vestidos de baile!

Agustin. Tendria que ir á alguno, y por eso sería... Pero, señor, lo que me tiene frito... ya que se ha tocado el punto, quiero contaros todas mis penas... lo que me tiene frito es que la señorita Victorina, que habia renunciado, lo mismo que yo, á su salario, es-

trena cada lunes y cada martes... un gorro, un delantal... ayer mismo una cruz de oro...

Clermont. Y qué te importa eso?

Agustin. Qué me importa? si pudiérais verme la cara de Neron que tengo!—Me importa, sí señor, porque todas esas cosas se las regala un amante que tiene.

Clermont. Un amante!...

Agustin. Sí señor, un amante... un cortejo... un gran señor... el vizconde de Rethél.

Clermont. El vizconde!...

Agustin. Hace un año que lo estoy maliciando, y vos os burlábais de mí! pero ahora ya no tengo duda.

Clermont. Pero cómo puede ser eso? Hace ya muchos meses que el vizconde no pone los pies en esta casa...

Agustin. Que si quieres! acabo yo de encontrarlo...

Clermont. Dónde?

Agustin. Aquí mismo: hace un ratito, estaba en la antesala cuando yo entré.

Clermont. Te equivocas: eso no es posible!

Agustin. Por vida del!... Señor, me hareis condenar! quereis saber mas que yo, que tengo mis dos ojos buenos y sanos, y que no hago mas que observar y escudriñar todo el dia? y si yo os dijera otras cosas!... pero mas vale callarlas, para que nadie las sepa, y ojalá no las supiera yo!

Clermont. Vamos, habla... dí!

Agustin. Pues señor, hará cosa de un mes, una noche... serian las doce... vos estábais durmiendo como un liron... oigo en el cuarto de la señora la voz de Victorina: póngome á mirar por la cerradura, y veo al vizconde en conversacion con Victorina!

Clermont. (*Con viveza.*) Y mi mujer?

Agustin. No estaba allí! pues esa es la mas negra! si hubiera estado, no teniamos caso; pero aun no habia vuelto á casa.

Clermont. Despues de las doce!

Agustin. A poco sentí abrir la puerta: me escondí, y el vizconde se marchó... pues, por miedo de que la señora lo encontrára.

Clermont. (*Ap.*) O acaso para ir á buscarla!—Y tú estás seguro de que quiere á Victorina? de que vino por verla?

Agustin. Vaya! pues si se está arruinando por ella: sí señor, lo dicho, se está arruinando por esa criatura. Ayer, ayer mismo, ella estaba aquí, en esta pieza, y yo allí, detrás de la puerta, que ella habia cerrado.—Pues señor, yo estaba así mirando...

Clermont. (*Impaciente.*) Por la cerradura, vamos.

Agustin. Sí señor, y no sé cómo no me dió un síncope, viendo á la señorita Victorina que tenia en la mano una caja con un aderezo de diamantes, y lo miraba con unos ojos... que parecia que se lo iba á comer! del estremecimiento que me dió por poco desquicio la puerta; y entonces oí un ruido como de cerrar esa papelera, y la taimada escapó como un gamo.

Clermont. (*Colérico.*) Basta, basta!

Agustin. Ya veis!... cómo he de competir yo con uno que la regala diamantes, yo que no tengo mas galas que mis prendas personales? (*Viendo que Clermont se ha levantado y atraviesa el teatro á tientas.*) Qué es eso, señor? dónde vais?

Clermont. Aquí... á esta papelera: tengo que escribir...

Agustin. Escribir! vos! estais loco, señor!

Clermont. (*Impaciente.*) No... son unas cartas... unos papeles que quiero buscar. Ea, vete, déjame: quiero estar solo. (*Agustin se va por la derecha.—Clermont abre la papelara y saca la caja.*) Ah! (*La abre, toca los diamantes, y dice aparte:*) Era verdad!

ESCENA VI.

CLERMONT. MATILDE, *que sale apresurada por la puerta del foro, ve el aderezo en manos de Clermont y hace un movimiento de temor que reprime inmediatamente.*

Matilde. Qué haces aquí, querido?

Clermont. (*Aparentando serenidad.*) Yo... nada! he abierto maquinalmente esta papelera, y me he encontrado aquí... casualmente, con un aderezo... que no sabia que tuvieses.

Matilde. (*Con sonrisa fingida.*) Es verdad: no es mio!

Clermont. Ah!

Matilde. (*Con empacho.*) Es un depósito que me han confiado, y que pertenece...

Clermont. A quién?

Matilde. A una antigua amiga mia... la única que trato de cuantas conocí de soltera, la condesa de Givry.

Clermont. En efecto, me la has nombrado algunas veces: no tenia un pleito?...

Matilde. (*Con viveza.*) Efectivamente! La pobre Adela, se casó con un jugador que le ha arruinado casi todos sus bienes; y por salvar esos diamantes, único resto de su dote, me los ha confiado: hé aquí todo el misterio! y como este secreto no era mio, no te lo he revelado.

Clermont. (*Ap.*) Ah! no sepa nunca que hé sospechado de ella!

Matilde. Qué tienes? dí?

Clermont. (*Tomándole la mano.*) Tenia necesidad de verte... Sí, de verte; porque yo te veo cuando tengo tu mano entre las mias: cuando no, Matilde, todo es noche para mí; y durante la noche, ya sabes que hay ensueños... y qué malos ensueños á veces! Pero estando tú á mi lado, creo que amanece, y me despierto; y hoy necesito estar despierto: con que no te apartes de mí.

Matilde. (*Con empacho.*) Y esta noche, que tenia yo un compromiso, una reunion donde me esperan, donde he dado palabra de ir...

Clermont. En casa del dueño de nuestra antigua habitacion?

Matilde. (*Con viveza.*) Justamente! se ha portado tan bien con nosotros!

Clermont. Todos los martes vas: bien puedes faltar un dia, y dedicármelo á mí.

Matilde. (*Ap.*) Oh, Dios mio!

Clermont. Yo te lo pido! yo te lo suplico! dame ese gusto!

Matilde. (*Ap. mirando al reloj.*) Cómo haré! van á dar las ocho!

Clermont. Si supieras cuánto te lo agradecería! no salgas! quédate aquí esta noche conmigo y con nuestro hijo!

Matilde. Ah! si pudiera!...

Clermont. Sí que puedes... Mira, tengo tantas cosas que preguntarte y que decirte... yo haré de modo

que no te aburras mucho: te hablaré de mi viaje á Rusia, cuando era soltero, y de los tres años que pasé allá por tí: (*Con intencion.*) tres años... es algo mas que una noche!

Matilde. (*Conmovida.*) Ah! sí, tienes razon! me quedo, me quedo á tu lado!

Clermont. Enhorabuena! y te lo agradeceré mucho, porque veo que haces un sacrificio.

Matilde. (*Dirigiéndose á la derecha.*) No, nada de eso! Voy á mi cuarto; escribiré una carta...

Clermont. Bien!

Matilde. Escribiré que no me es posible... porque... no sé por qué decir!

Clermont. Di que yo te lo he exigido, ó mas bien que estás indispuesta, no piensen que te tiranizo!

Matilde. (*Ap. reflexionando.*) Y con quién envío la carta! Victorina no ha venido todavía!... y á la hora que es!... ya me esperan... me están esperando! (*Mirando al reloj.*) Ah! las ocho! no puedo faltar!... yo no me pertenezco!! (*Finge entrar en su cuarto, cuya puerta cierra con cuidado; dirígese de puntillas hácia la puerta del foro y desaparece.*)

ESCENA VII.

(*Empieza á oscurecer.*)

CLERMONT *solo. Luego* AGUSTIN.

Clermont. Ha entrado en su cuarto. Qué noche tan deliciosa vamos á pasar... aquí juntitos! Gracias á Dios que se me logra un placer que tanto deseaba! Estoy loco de contento. (*Tirando de la campanilla.*) Agustin! Agustin!

Agustin. Aquí estoy, señor.

Clermont. Ven acá, y dame la mano: vamos, alégrate, que eres un borrico!

Agustin. Cómo es eso, señor!

Clermont. Eres un zeloso majadero: hacias mal en sospechar de Victorina.

Agustin. Con que lo que yo he visto con mis propios ojos...

Clermont. Los ojos nos engañan; y la mitad de las veces vale mas no tenerlos.

Agustin. Eso es vanidad!

Clermont. En fin, si todas tus sospechas son como la del aderezo, puedes estar tranquilo.

Agustin. De veras?

Clermont. El aderezo no es suyo, yo lo sé!

Agustin. Me lo asegurais vos?

Clermont. Sí, hombre, sí! Un aderezo de brillantes á esa muchacha! solo un majadero como tú cree semejante cosa. (*Va oscureciendo mas.*)

Agustin. Qué quereis! cuando á uno se le mete una de esas ideas en la cabeza, dá vueltas, y vueltas, y vueltas... Vos no sabeis lo que es estar zeloso.

Clermont. (*Ap.*) Ojalá!—Vaya, para que acabes de alegrarte, vete esta noche á la ópera, y saca el jugo al billete que te han regalado.

Agustin. (*Gozoso.*) De veras, señor?

Clermont. Sí: mi mujer no sale, se queda á hacerme compañía, y estando ella, no necesito á nadie!

Agustin. Qué contento estoy! voy á acicalarme: me pondré la *casaca* nueva... Si necesitais algo, Victorina acaba de llegar; la he visto, y no sé de dónde viene: vos no la habíais enviado?...

Clermont. Yo no. (*Oscurece mas.*)

Agustin. Entonces habrá sido la señora. Si quisiérais, mientras yo estoy en el teatro, no perderla de vista?...

Clermont. Yo!... tonto!

Aqustin. (*Dándose en la frente.*) Es verdad! soy un pollino! Voy, voy. No hace falta nada? Sí, luces, que ya es de noche.

Clermont. Y qué me importa?

Agustin. Las traeré antes de irme... al instante. (*Vase por la puerta del foro, cerrándola.*)

ESCENA VIII.

(*Noche.*) CLERMONT *solo.*

Está loco! traerme luces! á qué? para mí siempre es de noche! Pero al pobre le duran aun los zelos: es enfermedad que no se cura tan pronto; y lo peor que

tiene es el ser contagiosa: se pega que es uña maravilla! á mí casi me coge! Oh! yo sospechar de mi Matilde! de la virtud misma! yo desconfiado y zeloso! una de las muchas miserias que engendra mi triste situacion! Me parece que siento pasos... será Matilde que viene ya! No, no son esas sus pisadas: las conozco yo tan bien!

Vizconde. (*En la puerta del foro, que está cerrada.*) Victorina! Victorina!

Clermont. Es la voz del Vizconde: aquí, á estas horas! si tendrá razon Agustin! si querrá seducir á esa pobre muchacha! (*Levántase, y ocúltase á tientas en el gabinete da la izquierda, que está cerca de su sillon.*)

Vizconde. (*Llamando á la puerta del foro.*) Victorina! (*Abre la puerta y sale.*) No me responde; y á nadie he encontrado hasta aquí: está esto tan oscuro, que no sé si acertaré con la puerta. (*Adelántase y va á llamar á la habitacion de Matilde.*)

ESCENA IX.

VICTORINA. EL VIZCONDE. (*Clermont entreabre la puerta.*)

Victorina. Quién llama aquí?

Vizconde. Chit!... calla!

Victorina. (*En voz baja.*) Sois vos, señor vizconde?

Vizconde. (*Idem.*) Toma esta carta para tu señora: entrégasela al instante.

Victorina. No la vereis vos esta noche?

Vizconde. No me es posible: tengo que hacer mil diligencias para preparar el viaje.

Victorina. Mucho va á sentir no veros.

Vizconde. Esta carta la tranquilizará; y si despacho pronto los preparativos del viaje, iré un instante á verla, para que sepa que todo está dispuesto.

Victorina. Haced lo posible!

Vizconde. Pues bien, dile que me espere allí.

Victorina. Ya sabeis el cuarto: número 2: el mismo de ayer.

Vizconde. Ya sé.

Victorina. No tardeis, marchaos. Ah! y la carta? (*Guiándolo hácia el foro.*)

Vizconde. Toma.—Cuidado!

ESCENA X.

DICHOS. AGUSTIN, *vestido, sale por el foro con un candelabro de dos velas.*

Agustin. (*Viendo al vizconde y á Victorina, que lo lleva de la mano.*) San Agustin me valga!!

Vizconde. (*Sacudiéndolo de un brazo.*) Silencio! cuenta con mi proteccion si callas, pero pobre de tí si hablas! (*Vase precipitadamente.*)

ESCENA XI.

AGUSTIN. VICTORINA. *Luego* CLERMONT.

Agustin. Si hablo!... (*Arrancando de pronto la carta que Victorina atónita tiene en la mano.*) Pues quiero hablar! quiero gritar!

Victorina. Señor Agustin... señor Agustin... volvedme esa carta, y callad... callad por Dios!

Agustin. Tambien ella quiere que calle! Falsa, ingrata. (*Victorina le pone la mano en la boca.*) No me dá la gana! quiero gritar! quiero publicar que me están engañando! (*Clermont abre la puerta, sale y se adelanta hácia el medio del teatro, pálido y trémulo.*)

Victorina. (*Dá un grito al verlo.*) Ah! el amo! (*Ap.*) Voy corriendo á avisar á la señora. (*Vase precipitada.*)

ESCENA XII.

CLERMONT. AGUSTIN.

Clermont. (*Queriendo disimular.*) Qué ha ocurrido? qué es eso?

Agustin. Qué ha ocurrido? Señor!... qué ha ocurrido? Y vos me decíais que no tenia nada que temer! Borrico de mí! ir á hacer caso de vos! Cuando yo vuelva á fiarme en ningun ciego!

Clermont. El ciego ve ya mas claro que tú!
Agustin. Sí! acabo de sorprender aquí al vizconde con Victorina.
Clermont. No es verdad!
Agustin. Cómo que no! y le estaba dando una carta.
Clermont. No es verdad!
Agustin. (*Colérico.*) Por vida de!... Si la tengo aquí... miradla... tomadla: la tocais?
Clermont. (*Haciendo un movimiento convulsivo al tocar la carta.*) No es verdad! Esta carta no es para Victorina: lée, lée el sobre.
Agustin. (*Trémulo.*) No sé si podré! Señor, tengo tan nublada la vista!
Clermont. (*Impaciente.*) Vamos! lees? (*Tiene la carta sujeta con las dos manos mientras Agustin procura leer.*)
Agustin. (*Leyendo.*) «A madama... madama Clermont.»
Clermont. (*Colérico.*) Mientes... mientes!! (*Reprimiéndose y con tono blando.*) No, Agustin... pero te equivocas, no es verdad? Míralo... míralo bien.
Agustin. Bien lo veo: vaya! con todas sus letras! «Ma... da... ma... Cler... mont.»
Clermont. (*Ap.*) No hay duda!
Agustin. Ay! qué consuelo! Señor!—Pero cómo es esto? vos sabíais?...
Clermont. (*Esforzándose á ocultar su conmocion.*) Sí; es una carta que mi mujer y yo esperábamos... con impaciencia.
Agustin. Vaya! pues á los dos nos ha venido bien! (*Ap.*) Y yo que he maltratado á la pobrecilla! cómo haré ahora para desenfadarla?
Clermont. (*Arrugando la carta.*) Ah! las tinieblas que me rodean no me han parecido nunca tan horribles como ahora! Tengo la prueba... aquí entre mis manos... la estoy tocando... me abrasa... la tengo aquí... y no puedo cerciorarme... no puedo saber hasta dónde llega su traicion! Estar seguro, y dudar aun! dudar... sin atreverme... sin poderme convencer! Ah! estos son demasiados miramientos: rompamos ya por todo! (*Despues de titubear un instante.*) Agustin!
Agustin. Señor...

Clermont. Ven acá!

Agustin. Ah! Señor, qué contento estoy!

Clermont. Esta carta... contiene una noticia... una noticia importante.

Agustin. Para vos y para la señora?

Clermont. Justamente! Y esa noticia... estoy impaciente por saberla.

Agustin. Es muy natural: cuando uno espera una buena noticia, siempre tiene prisa.

Clermont. Sí... no tengo bastante calma para esperar á que venga mi mujer, y la curiosidad... ya te haces cargo... (*Esforzándose á reir.*) un pobre ciego no es estraño que tenga esa debilidad: ya ves!...

Agustin. Por supuesto! y quereis que yo os la lea?

Clermont. Sí, amigo mio; hazme ese favor.

Agustin. Con mucho gusto, señor. Antes habrá que abrirla... está cerrada con lacre. (*Abrela.*)

Clermont. (*Repentinamente.*) Ah! envilecerla, deshonrarla á los ojos de sus mismos criados!

Agustin. (*Leyendo.*) «Todo está pronto para el viaje: el coche estará á la hora convenida.»

Clermont. (*Quitándole la carta.*) No, no, es inútil... no quiero que te tomes ese trabajo: mi mujer està ahí en su cuarto... dile que venga... al instante... al instante, entiendes?

Agustin. Pero si la señora no está ahí...

Clermont. (*Asombrado.*) Qué dices? no está en su cuarto?

Agustin. No señor... ni está en casa... si yo desde mi ventana la he visto salir, hará cosa de media hora.

Clermont. Salir!

Agustin. Y lo estrañé mucho, porque como me habíais dicho que se quedaba... á acompañaros esta noche...

Clermont. (*Disimulando.*) Sí, me lo habia ofrecido; pero cierto compromiso... una visita... que tenia que hacer...

Agustin. Ah! sabeis dónde ha ido?

Clermont. Sí, sí, no hay cuidado... volverá pronto... puedes irte... vete... déjame!

Agustin. No señor, yo no puedo dejaros solo.

Clermont. No lo estaré mas que un momento... pocos

minutos... mi mujer vendrá al instante... con que vete, vete á ver la ópera.

Agustin. Qué buen amo!

Clermont. Sí, amigo mio, sí... me harás un favor... quiero estar solo.

Agustin. Como gusteis; y ya es tarde... estará empezada: fortuna que el teatro está á dos pasos de casa. Con que hasta luego, señor.

ESCENA XIII.

CLERMONT *solo.*

Se fué!... ya estoy solo, solo en esta casa, como en el mundo entero: abandonado de todos, como una carga inútil: objeto de desprecio, y en breve, acaso de burla! Ah! no... no... no me ultrajarán impunemente: yo me vengaré... ((*Deteniéndose.*) Y cómo? qué venganza puedo yo tomar? Me insultará, me deshonrará, me robará mi único tesoro, lo único que me quedaba en mi desgracia... el amor de mi esposa; y si le pido satisfaccion de su injuria y de mi afrenta... (*Retorciéndose las manos.*) Oh! Dios mio! tendrá lástima de mí! no querrá batirse: este pobre ciego no tiene derecho ni aun para hacerse matar! (*Con mas agitacion y amargura.*) Y de qué te quejas tú, miserable! un hombre oscuro, un pobre artista, sin mas bienes que su talento, si es que alguno tenia, atreverse en su orgullo á aspirar á la mano de una jóven hermosa y noble! (*Con sonrisa desdeñosa.*) noble... sí, de elevada cuna! y porque sacrificaste por ella tu juventud, tus fuerzas, tu salud, ahora, pobre y enfermo, esperabas agradarla y que te amase! Loco de mí! yo la amaba tanto! Ah! la amo todavía! Y este amor de qué sirve? de hacer su desgracia y la mia: mi existencia es para ella una carga pesada, insoportable! y despues de tantos sacrificios, uno solo me queda que hacerle, el de mi vida, que le volverá su libertad! Sí; basta de quejas, basta de amenazas: ella me echa del mundo, y yo me voy. Nadie la acusará, ni yo mismo! todos creerán que lo he hecho por desesperacion de verme en este estado, y dirán: «Pobre

hombre! ha hecho bien:» (*Levantándose.*) y tendrán razon: sí, estoy decidido: vamos... pero cómo lo hago? yo no tengo armas, y no puedo procurármelas por mí propio; no puedo hacer nada sin que me ayuden, ni aun morir! Ah! esa ventana... hácia allí está: sí, sí, dicen que es muy alta... tercer piso. (*Dirígese á tientas siguiendo la pared, y llega á la ventana.*) Ah! Aquí está. Gracias á Dios... esta vez siquiera no necesitaré de nadie! (*Trata de abrir la ventana.*)

ESCENA XIV.

CLERMONT. AGUSTIN.

Agustin. (*Gritando dentro.*) Señor! Señor!
Clermont. Quién viene?
Agustin. (*Sale precipitado.*) Yo, señor. Ah! si supiérais!...
Clermont. De dónde vienes?
Agustin. Del teatro: (*Viene sin sombrero, con la corbata medio arrancada, rasgado el vestido, desgreñado, etc.*) me han echado á empellones.
Clermont. A tí?
Agustin. A mí, en cuerpo y alma; y cuando sepais por qué, os quedareis patitieso como yo: no lo querreis creer: si yo apenas lo creo todavía!
Clermont. (*Impaciente.*) Eh! acaba ó vete.
Agustin. Pues señor, habeis de saber que echaban una ópera llamada *Il Barbiere di Siviglia*... así dice el cartel, y habia un gentío! ya, ya!
Clermont. Acabarás?
Agustin. Pues señor, á lo mejor sale por allá arriba una dama vestida de maja, á la española, y lo mismo fué asomar empieza un palmoteo y unos gritos! yo levanto la cabeza para mirarla... válgame Dios lo que ví!
Clermont. Qué viste?
Agustin. Yo empezé á gritar: señora! señora! aquí estoy yo! Señora!... y me subí en el banco para que me viera.
Clermont. Quién?
Agustin. Ella misma; pero amigo! enfádase aquella gen-

te y empieza á gritar: «Silencio! fuera!» y yo... «Señora!» y ellos... «Fuera ese ganso! fuera ese bárbaro!» y viendo que yo seguia gritando, abalánzanse sobre mí, y crás! uno me arranca el faldon: pum! otro me sacude un puñetazo: crich! otro me atiza un puntapié... «á la calle! fuera! fuera!» y... patapuf! en menos que canta un gallo me encuentro en mitad de la calle hecho un eccehomo, y sin haber podido hablar á la señora.

Clermont. Pero qué señora? acaba, qué señora?

Agustin. Pues qué, no os lo he dicho? Dios mio! era... Ah! miradla! ahí viene! ella es!

ESCENA XV.

DICHOS. MATILDE. EL VIZCONDE *detrás.* (*Matilde sale con el trage de Rosina del Barbero de Sevilla, y encima su capa.*)

Clermont. Ella!

Matilde. Sí, amigo mio... yo, aquí me tienes.

Clermont. Matilde! (*La acerca á sí, empieza á examinarla con las manos, y al reconocer el peinado y trage de Rosina en el Barbero, cae á sus pies sollozando.*) Ah! esposa mia!

Matilde. (*Levantándole.*) Sí! mujer de un artista! lo crees ahora?

Clermont. Ah! qué has hecho? qué sacrificio has hecho? esto es demasiado! nunca hubiera yo consentido...

Matilde. Lo sabia... por eso te lo he ocultado; y para llevar á cabo mi empresa, me valí de una persona que me ha servido generosamente de guia y protector, de un jóven honrado.

Vizconde. (*Tomando la mano de Clermont.*) Que habia cometido una falta con vos, y ha querido repararla.

Matilde. (*Tomando la carta que Clermont la presenta.*) Y esta carta del vizconde lo manifiesta: él ha dispuesto nuestro viaje para mañana: mañana marchamos á Berlin, donde recobrarás la vista.

Clermont. (*Al Vizconde.*) Ah! Venga esa mano! pero la suma que pide el doctor...

Matilde. Podemos pagarla: la artista ha reunido ya un

capital como el que tú reuniste otro tiempo para salvarme: ha llegado mi vez!

Clermont. Ah! en tus brazos!... en tus brazos!... (*Arrójase en ellos.*)

ESCENA XVI.

DICHOS. VICTORINA, *apresurada.*

Victorina. Señora, venid pronto: el entreacto se va haciendo largo y el público se impacienta por ver á Rosina.

Matilde. Vamos.

Clermont, Adónde?

Matilde. A cantar el segundo acto del *Barbero*... esta noche es la última, y desde mañana quedo libre por seis meses: vamos, vamos pronto. (*Arropándose con su capa.*)

Clermont. Qué hermosa debe estar con ese traje! que no pueda yo verla!

Matilde. Pronto, querido mio, pronto me verás. Dentro de cinco dias estaremos en Berlin! Adios. (*Vase seguida de Agustin.*)

Vizconde. Y yo me quedo en París!

Clermont. (*Al vizconde y á Victorina.*) Amigos mios, venid: guiadme... llevadme...

Vizconde y *Victorina.* Adónde?

Clermont. (*Con entusiasmo.*) A oirla cantar!!! (*Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

ban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
dero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
n —Guillermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar-*
—Géneros ultramarinos.
sta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Her-
ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del
—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—
a cuestion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—
re gordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—
e pacífico.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Ho-
—Honra y provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre pro-
—Hija de Fernan Gil.
provisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta
a.—Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de
entud.—Ya murió Napoleon.
obo II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
via.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
Jura en Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
nces de carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lón-
-Loca fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bru-
uisa.—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos pri-
-Lanuza.—Luis y Luisito.
c Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—Mar-
á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
de la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
—Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
del Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
as estraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
—Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
li empleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
ios de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
r.—Mocedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
—Mujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
—Maestro de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
-Mas vale tarde que nunca.—Matrimonio civil.
el tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
o venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
amor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
de verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.
car cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
Otra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
blo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
adres de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador
len.—Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—
al y Carranza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo
dehesa, 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
de Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
io.—Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
ente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
Por no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primi-
Príncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Prue-
amor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquis-
Pava trufada.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.
é hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
o.—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.
millete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
—Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
con.—Rivera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
chas.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
1.ª parte.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
originales.
ul.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo
-Segunda dama duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Si-
Bocanegra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofro-
-Solaces de un prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—

Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pi
cate.—Sálvese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela.*—Santiaguillo, *zarzuela.*—Sueños de an
Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don San
Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y c
Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—
za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor o la muerte.—Tum
vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—
ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con an
celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad
apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Vision
Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la calu

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafío.—Un dia de campo.—
de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su priv
Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Bec
Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto d
do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura
los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas
y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Un
no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un
como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla en
go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenológic
no sé qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gallego y
sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Fígaro: cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 14.
Poesías de **D. José Zorrilla:** se venden coleccionadas y por tomos.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 1
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla:** un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaron
tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.º, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres, un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz, seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERÍA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina.**
50 idem del **moderno español.**
40 idem de idem **estrangero.**

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, ca
Carretas.

Y en Provincias en las principales.